





# Julián Ibáñez

TODO BELLÓN



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n<sup>o</sup>17—

MADRID • MMXVII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto  
[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula  
[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Fotografía de cubierta © Toni Guerrero (Getafe Negro)

Primera edición: Octubre 2017  
Segunda edición: Diciembre 2017

I.S.B.N: 978-84-947595-1-2  
Depósito legal: M-28396-2017  
Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## ÍNDICE

Nota del editor .....	pág.	7
Bellón 1:		
<b>Entre trago y trago</b> .....	pág.	9
Bellón 2:		
<b>La miel y el cuchillo</b> .....	pág.	169
Bellón 3:		
<b>El soplón</b> .....	pág.	295
Bellón 4:		
<b>El viejo muere, la niña vive</b> .....	pág.	443
Bellón 5:		
<b>Todas las mujeres son peligrosas</b> .....	pág.	585
Bellón 6:		
<b>Gatas Salvajes</b> .....	pág.	719
Bellón 7:		
<b>Canino</b> .....	pág.	821
Bellón 8:		
<b>El matón al que engañaban las mujeres</b> .....	pág.	951



## NOTA DEL EDITOR

Recuerdo cuando, al abrir el sobre, me encontré con aquel original titulado *El viejo muere, la niña vive*. Y debajo un nombre: Julián Ibáñez. «No puede ser», pensé. «Será una coincidencia. Es un nombre corriente, seguro que no se trata de él». Entonces comencé a leer aquellas páginas mecanografiadas. Cuando me quise dar cuenta ya iba por la 60, sin poder detenerme, irreversiblemente arrastrado hasta el final. Sí, era una novela de Julián Ibáñez. El monstruo, el mejor, el puto amo. Y, por supuesto, la íbamos a publicar.

Esa fue la primera de las seis novelas de Julián que Cuadernos del Laberinto lleva publicadas. Y creo que nos merecíamos un homenaje. El primero, para el propio Julián por ser uno de los autores más originales y con más estilo de la historia de la novela negra en España. Un clásico que con cada nueva obra da una lección de lo que debe ser el *noir*: ritmo, imaginación, diversión y personalidad. Julián consigue eso tan difícil de que en una novela nada sobre y nada falte. Iba siendo hora ya de que se publicara un volumen con sus obras. Y decidimos hacerlo con las primeras ocho del personaje con el que se siente más identificado: Bellón. Las ocho primeras aventuras de este buscavidas con la cara dura y el corazón blando.

El segundo homenaje es para nosotros, Cuadernos del Laberinto. Siempre es complicado para una editorial independiente afrontar un libro de estas características, pero pensamos que Bellón se lo merecía, que Julián Ibáñez se lo merecía y, qué narices, nosotros también nos lo merecíamos. Y aquí está.

Y el tercer homenaje es para todos ustedes, los lectores. Para que puedan tener reunida la obra de uno de los grandes, para que disfruten horas y horas de su pluma, de su estilo... Este volumen ha sido creado para convertirse en un libro de culto. Una referencia a la que puedan acudir quienes aún no hayan leído a Julián Ibáñez; y un salvavidas al que aferrarse para todos aquellos que lo admiramos. Una forma de no perderse entre tanto globo de aire con forma de novela que inundan las librerías.

CARLOS AUGUSTO CASAS

Octubre, 2017





Bellón 1

# **ENTRE TRAGO Y TRAGO**



Por la tarde, con todo el calor —fue como un sueño: el golpe en la cabeza y los bolsillos vacíos—, sucedió el segundo prodigio del día.

Soy del gremio de los que no duermen la siesta, ni me tumbo en un sofá, ni cierro los ojos en una silla, prefiero luchar contra la modorra pensando que aprovecho el tiempo aunque no haga nada. Después de engullir un filete y una ensalada con una cerveza, me dirigí, serían las tres y media, a la cafetería de la estación, uno de los pocos bares abiertos a aquella hora, a tomar mi habitual granizado de café.

Nos encontrábamos solos el camarero joven, el de la cara bien lavada, y yo. No era la hora de paso de ningún tren. Los dos, cada uno a un lado de la barra, luchábamos contra el sopor.

Acababa de dar el primer sorbo al granizado, con los brazos sobre el mostrador y la mirada perezosa en el espejo de enfrente:

—Eh, mocoso, ¿va a batir hoy un récord el termómetro?

La respuesta del chico me estaba llegando cuando la vi porque, sin ningún motivo, había vuelto la cabeza. El chico me replicó que aquél era el día más caluroso del año, y se cortó porque también la había visto.

Fue al otro lado de la puerta de cristal que comunicaba con el andén. Una imagen fugaz, lo que tardó en cruzar delante de la puerta. Pero suficiente para que todo mi sistema nervioso sufriera una sacudida.

Llevaba una bolsa en la mano, de tamaño mediano, una bolsa de las antiguas, de tela o de felpa, de un tono mezcla de gris y marrón claro, con arabescos y rebordes de badana negra; una bolsa elegante, pero anticuada, de las que salen en las películas cuando la gente viajaba en trenes arrastrados por pequeñas máquinas de vapor. No se ven muchas de este estilo por ahí. Parecía vacía.

—¿Qué era eso?, ¿una mujer? —me llegó el graznido del chico.

Una mujer. Gitana. Lo deduje por la bolsa, llamativa, anticuada; por la falda holgada, hasta los tobillos, con volantes, de un tono verde lima pero con grandes flores pastel; por el pelo negro azabache, estirado y recogido en la nuca para caer sobre la espalda; y por los grandes incensarios dorados balanceándose en sus orejas. Logré vislumbrar su tez morena, sus rasgos afilados,

aunque me resulta difícil definirlos con precisión en aquella visión fugaz. Quizás unos treinta años. Un niqui malva se pegaba a su piel.

Una mujer increíblemente atractiva. Fue su cuerpo lo que me golpeó con fuerza.

Estilizado. Estilizado fue la primera palabra que me vino a la cabeza, no conozco otra que lo exprese mejor, y no me refiero a un término artístico, de dibujante cuya primera copa del día es un vaso de leche desnatada, tampoco a esa estilización quebradiza de tipo chino o japonés, sino a algo más intenso. Me vino a la mente la palabra «juncal», algo relacionado con la naturaleza, con espacios abiertos y con frescor, un cuerpo esbelto y vigoroso, de movimientos elásticos y precisos.

Fingí no haber oído al chico, no quería compartir aquella imagen con él, deseaba retenerla para mí, como si la hubiera soñado, sacarla todo su jugo en mi duermevela.

Había cruzado delante del cristal con decisión, buscando seguramente la sombra de la marquesina o de las acacias al fondo del andén.

Su imagen se fue diluyendo en mi cabeza, hasta que me sentí idiota cuando me sorprendí esforzándome en recuperarla.

El chico desapareció en la cocina. Apuré el granizado, dejé un par de monedas y tomé el camino de la puerta.

El calor me envolvió como arena ardiendo. En vez de cruzar la calzada para zambullirme en el Renault, enfilé hacia los servicios de la estación, con el único propósito de alargar el tiempo. Aquellas dependencias, a aquella hora, significaban un refugio seguro contra el calor y no me importaba fumarme allí un pitillo. Se dejó oír el silbido lejano de un tren, seguramente un mercancías.

Era un lugar fresco y casi agradable, sin caras hoscas y sin olores. Las puertas y zócalos estaban pintadas de gris plomo, los azulejos, blancos y limpios, llegaban hasta el techo; se dejaba oír el refrescante sonido del agua llenando las cisternas.

Volví la mirada hacia el servicio de señoras al recordar que los chicos de La Mora lo utilizaban de picadero colándose por la ventana. La puerta estaba entornada. A través de la ranura, de un par de palmos, vi la anticuada bolsa de viaje con arabescos, en el suelo, cerca de la puerta. A la gitana no se la veía.

Ocupé plaza en uno de los meaderos del servicio de caballeros, con la cisterna descargando.

Fue el sonido de la cisterna, o del mercancías en el cambio de agujas, lo que me impidió oírle acercarse, a ella, a él, o lo que fuera.

Lo siguiente fue que me encontré en el suelo, en el centro de los servicios, aferrándome al aire. La bóveda craneal me retumbaba, mis oídos eran avisperos.

Bajé los brazos y cerré los ojos desconectando el motor que hacía girar las paredes y el techo. Cuando los abrí de nuevo, lo primero que vi fue la puerta del servicio abierta.

Traté de incorporarme y un látigo restalló en mi cabeza. Desistí. El mercancías acababa de pasar y su sonido comenzaba a desvanecerse. Giré el cuerpo para buscar el suelo con las manos y logré incorporarme quedándome de rodillas; levanté la mano izquierda para tocarme la coronilla con la punta de los dedos. Dolor vibrante. Pensé en una barra forrada de piel, en una bolsa de cuero llena de postas. Saqué el pañuelo y lo apreté contra la herida. Levanté la pierna derecha hasta apoyar la planta del pie, apoyé la mano en el muslo, y, con un impulso, logré colocar cemento bajo mis suelas.

Guardé el pañuelo y me estudié el cuerpo con las manos. No encontré ningún otro golpe.

Caminé hacia la puerta, aturdido, inseguro, con las manos por delante a la altura de la cintura. Apoyado en la jamba eché un vistazo al pasillo. Vacío. La puerta del servicio de señoras estaba ahora cerrada. Me dirigí hacia allí apoyándome en la pared. Le di una patada a la puerta abriéndola del todo. La bolsa de viaje había desaparecido; todas las cabinas se encontraban abiertas. Nadie.

Metí la mano en el bolsillo trasero del pantalón y lo encontré vacío. Escarbé, estaba vacío. Allí guardaba el dinero, medio billete aquella tarde. Me lo habían birlado.

Me apoyé en la pared. Me importaba el golpe en la cabeza, desconocía su importancia. Saqué el pañuelo de nuevo y lo apreté contra el chichón. Todo por medio billete.

La luz y el aire pesaban cuando salí al andén.

Pensé que había permanecido desvanecido sólo unos segundos, por lo que crucé con decisión hacia el otro extremo del andén. Vías, tinglados, vestíbulo de taquillas, facturación... No se veía a nadie, ni gitana, ni pasajeros, ni personal de servicio, como si hubieran decretado evacuación general.

Crucé el vestíbulo de taquillas. El cartel de «cerrado» en las dos ventanillas y sillas vacías al otro lado del cristal. Me detuve en la puerta y mi mirada recorrió el aparcamiento. Había tres coches: el Renault, un Toledo blanco y

un Fiat también blanco. Éste no se encontraba antes allí. A unos cien metros tenía la pequeña rotonda donde confluían cuatro calles. Mi vista recorrió las calzadas, aceras y soportales. No se veían viandantes. Al fondo de Granaderos se movieron un par de coches, conducidos por hombres.

Las cuatro y ocho. Cuando me dirigía a los servicio, en el reloj del andén faltaban cinco minutos para las cuatro. El golpe lo había recibido hacía unos siete minutos. Poco tiempo, o ya demasiado.

Demasiado si se dispone de un coche. Pero la gitana, si era ella quien me había golpeado, pertenecía al gremio de los peatones, por eso se encontraba en la estación, para coger un tren, por eso cargaba con una bolsa. Había sido un asalto espontáneo, aprovechando las circunstancias, no premeditado.

Guardé el pañuelo y dirigí mis pasos a la cafetería.

Dos clientes ocupaban ahora la barra, dos palurdos, los conocía de vista, no robaban carteras. El Fiat era suyo. El chico ponía cubitos de hielo en dos vasos, la cafetera llenaba dos tazas. Sólo los dos palurdos —traje de cincuenta euros, de tono pizarra, y corbata, a pesar del calor— volvieron la mirada, pero su expresión me indicó que estaban en otra historia, si hubieran visto a la gitana sus manos estarían dibujando curvas en el aire. El chico sirvió los cafés y me miró. Desistí de contarle nada, cuantas menos palabras, mejor. Di media vuelta y regresé a la calle.

Trepé al Renault y giré en Faustino Crespo. Bajé las ventanillas. Alfarrás... Maldonado... Casabermeja... Volviendo la cabeza a derecha e izquierda, buscando una mancha violeta al fondo de la calle, una cola de caballo azabache doblando una esquina, desapareciendo en un portal.

Conduje durante una hora. Las calles estaban vacías, el tráfico era casi nulo y, cualquier movimiento, por alejado que se produjera, atraía mi atención.

La gitana se había esfumado. Podía haber tomado cualquier dirección: norte o sur, este u oeste. Si no era idiota tenía que saber que la estaba buscando, incluso podía haberla denunciado y tendría a los hombres del saco tras ella; se habría escondido en cualquier covacha de Mataderos o Puerta Cuartos, o en el distrito de las luces rojas.

Daba por perdido el medio billete; gruñiría cada vez que me tocara la cabeza; dejaría a la Buena Suerte el trabajo de encontrarla.

Había descendido en la escala social algunos peldaños: las seis letras de Bellón lanzaban destellos en la zona reservada a los Primos.

En verano abría el club a eso de las diez. Antes resultaba inútil hacerlo, el calor no remitía hasta después de la puesta de sol; el terraplén de la autovía, orientado a poniente, acumulaba los rayos de la tarde proyectando sobre el cubo de bloques el fuego almacenado durante todo el día. Y a nadie le gusta echar un trago si tienes que dejar el coche a la vista junto a una autovía.

El *Ero's* se encontraba a trece kilómetros de Talavera, dentro del triángulo que forman los cruces de la autovía V, la comarcal 502 y el desvío a Gamonal, un pequeño triángulo entre las tres carreteras, de unos dos mil metros cuadrados. Se accedía a este pequeño trozo de terreno tomando la carretera de Gamonal y ésta sólo se podía tomar desde la comarcal 502. Si, al divisar las luces rojas del club, dirección Madrid, te entraba la sed, tenías que continuar otros tres kilómetros hasta el primer cambio de sentido, retroceder un par de kilómetros, humedecerte los labios antes de tomar la salida de la comarcal 502, hacer otros dos kilómetros, con los ojos bien abiertos para no pasar el cruce de Gamonal, y abrir todavía más los ojos para ver el camino que yo había fabricado con un par de camiones de garbancillo que desembocaba en el aparcamiento de tierra del club.

Era un destartado cubo de bloques de hormigón, de una sola planta, con tejado de uralita acanalada. Una puerta, una ventana y cuatro paredes encaladas y decoradas por su propietario, un tal Nazario, que me había nombrado encargado por dos billetes y el quince por ciento de comisión. En el aparcamiento podían entrar una veintena de utilitarios, aunque nunca había visto allí más de media docena. Una empalizada de cañizo evitaba la visión de las matrículas desde la autovía.

El disparo de salida de aquella larga semana había sonado a eso de las once de la mañana, aquel lunes.

Me encontraba en el club a aquella hora de casualidad, tan temprano para mí, y no durmiendo o pescando, o contratando chicas para la barra en Puente o Talavera.

Había saltado de la cama porque me tocaba cepillar la puerta que rozaba el suelo levantando el gres. Era la cuarta o quinta vez que lo hacía, comenzaba a pensar que no era la humedad que hinchaba la madera. Todos los días, durante una semana, me había dedicado a medir la altura del marco y a darle al cepillo, tratando de convencerme de que era la humedad que hinchaba la madera y no el garito que se me venía abajo.

La figura encuadrada en el vano de la puerta, cuando yo había sacado el tablero y ajustaba la cuchilla del cepillo, no era la de un repartidor de cerveza,

ni la de una chica de labios rojos cargando con su maleta, sino la de un hombre del saco. En desaliñado uniforme de verano, con la camisa verde pegada al cuerpo, el tricornio en la coronilla y una carpeta azul, con los cantos carcomidos, bajo el brazo.

—Demasiado temprano —le informé, indicando con el mango del martillo un cartel inexistente en la puerta.

El tipo se hizo el sordo, dirigiéndose directamente a la barra y arrojando la carpeta displicentemente sobre ésta. Después de echar mano al bolsillo trasero del pantalón, de sacar y mostrarme fugazmente una especie de carnet dentro de una funda de plástico, comenzó a largar.

En tono autoritario, me espetó que él dependía de tal delegación, que era Inspector Sanitario, que aquél era su distrito, que yo había olvidado cotizar toda clase de tasas y que mis chicas vendían sida en la trastienda, tus días están contados, además, el tabaco húmedo te ha delatado, me soltó, acusador. Todo aquello, sin duda, con el único fin de sacarme un par de billetes.

Extendió sobre la barra una colección de papeles con membretes oficiales y sellos borrosos, un papeleo correcto a primera vista, pero en un segundo repaso se podía advertir que eran fotocopias sobre las que una mano poco experta había trabajado.

Los papeles no despertaron mi interés, sino el sujeto.

Andaría por la segunda mitad de los treinta; como de un metro setenta y cinco de estatura, delgado, con buena percha; rasgos delicados, ojos muy alejados de una nariz de un tamaño acorde con sus orejas, cejas finas y oscuras... afeitado de cualquier manera. Un conjunto con cierto aire de otro mundo. Me dio por pensar que el uniforme de hombre del saco y sus ademanes desabridos eran sólo componentes de una representación.

—¿Qué bebes? Estás invitado a una cerveza —le ofrecí, con la mirada de nuevo en el cepillo.

—¡Aquí nadie bebe! —me replicó, airado, recogiendo los papeles—. Quiero ver todos tus permisos en regla o te echo el precinto, ¿me has oído? ... Y dicen por ahí que trabajas con menores, ¿no será cierto?

—¿Menores? Hum. Pásate por aquí a eso de las diez y podrás tirarles de las trenzas.

—¡Papeles! —chasqueó los dedos debajo de mi nariz—. ¡Vamos!

—¿Qué vas a hacer si no los tengo?

—¿No tienes? —aulló—. ¡Te precinto y no abres en veinte años!



—No necesitas precintos —indiqué sobre el hombro—. Ahí tienes la llave.

Su dedo agitó el aire bajo mi nariz.

—¡Otra palabra y esta noche cenas en bandeja de aluminio!

Dejé el cepillo.

—Tú ganas. Voy a preparar la maleta.

Agotadas las últimas reservas de su mirada, abrió con ademanes profesionales la carpeta carcomida y, del compartimiento de una de las solapas, sacó un sobre grande, sepia, lo abrió y extrajo de él una colección de fotos: una negra jugueteando con un perro.

—¿Cómo andas de vista?

Era un cruce de pointer pudle y grifón, o braco francés, blanco, con manchas grises y exhibición de costillas. La negra, unos veinticinco, estaba también en los huesos: pecho como una tabla, uñas de manos y pies escarlata e incisivos de caballo.

—Son artísticas —me informó, manteniendo la expresión áspera de un Inspector Sanitario. Golpeó con el índice la foto de la negra correteando alrededor del pointer sentado sobre sus cuartos traseros—. Auténticas obras de arte.

Eran quince fotos: de color, desenfocadas, mal iluminadas, abarquilladas, de unos 20 por 12, sin ningún sello en la cara posterior. En todas aparecía la negra, larguirucha, en los huesos, pulmones invisibles de pezones diminutos, pezuñas de hombre —un cuarenta y cinco o cuarenta y seis— con uñas, de manos y pies, escarlata; jeta alargada, mentón picudo y cabeza amelonada, cubierta de lana oscura, con los labios bien apretados tratando de ocultar al mundo sus incisivos. En todas las fotos se mostraba a pelo, con una cadena y una cruz dorada al cuello, haciendo diversos números, sola o con el pointer: desparramada como una araña; con las piernas separadas a punto de meterse un gran pepino; ofreciendo su santuario al hocico del pointer, o con la cabeza entre sus patas mordisqueándole el cilindro.

—Son fotos artísticas, puedes colocárselas a tus clientes —me orientó el tipo, en un tono neutro esta vez.

Las rechacé, empujándolas con el dedo.

—Mis clientes no entienden de arte.

—Te quedas con un par de lotes y... por esta vez, dormirás sobre colchón.

—Lo estás bordando —le animé —: hazte el blando y recibirás una enorme cagada.

Pero no parecía que estuviera actuando, sino que era tal como se mostraba: imprevisible. Desde el primer momento, me mantuve en guardia con él.

Sacó otro sobre de la carpeta, sin transición.

—En éste material no se corta ninguno de los dos —me ofreció las nuevas fotos empujándolas sobre la barra con desdén de chulo. Le sacudió un buen directo al aire—. Se la tira.

Me encogí de hombros.

Y de nuevo sin transición, me ofreció a la negra, en régimen de «condominio». Condominio fue la palabra que empleó. Le respondí que no me interesaba ningún condominio, sin embargo, le ofrecí un billete por el pointer: lo colocaría por ahí y sacaría mi comisión.

Obtuve de él media sonrisa.

—¿El perro? Ha volado, alguien se hizo su dueño... He ofrecido una recompensa por la radio pero el hijo puta que se lo llevó no escucha la radio.

—Mala suerte.

—A ella la tienes ahí, tal como es, sin abrigo.

—Condominio... ¿Dónde me he anunciado diciendo que necesito chicas?

—... Morlans —me respondió.

Entonces cambié de idea: accedí a comprar a la negra, repartiendo las ganancias con él, en eso de condominio.

Compré a la chica sólo por la recomendación que traían del Pequeño —más tarde, a eso de las siete, marqué su número desde el Veracruz pero sin resultado—, supuse entonces, y estuve acertado, que la negra había sido de su propiedad.

—¿Quién es la chica?

—Una mandé.

—Eso me había parecido.

—¿Quieres probar?

—¿Qué?

Dio media vuelta y fue hasta la puerta. Indicó con la cabeza a alguien que esperaba afuera —en un polvoriento Toyota todoterreno, gris humo, según vi reflejado en el cristal de la ventana— que entrara y, segundos después, oí la puerta del Toyota no cerrándose a la primera y cerrándose al fin.

Se cubría con un vestido azul lavanda, de algodón, liviano y ceñido, sin nada debajo, y sandalias de tono herrumbroso, de tiras y tacón bajo, con las uñas de zarpas y pies ahora plateadas. Podía tener unos veinticinco o veintisiete,

y era espigada, rebasaría mi hombro —mi talla es de un metro ochenta y tres—. No era negra cerrada, debía de tener algo de sangre blanca, o se había aclarado de no darle el sol, o quizás pertenecía a una raza de negros de un tono tostado oscuro. Su pelo, escaso, era lanoso, pero la nariz no era demasiado achatada. Mostraba un mentón en punta, obstinado, lo que no la favorecía, junto con los incisivos de caballo que impresionaban —es lo único por lo que mis clientes todavía preguntan—; su figura en general era estilizada, angulosa, de caderas lisas, mejor vestida que desnuda. El blanco amarillento de sus enormes ojos resaltaba en su jeta chocolate. El pelo ralo y aquel cuerpo sin curvas le harían pasar por un muchacho. El tipo me la presentó:

—Ha equivocado la talla de los dientes y los pies, pero eso no importa. Puedes darle tiza al taco, si quieres.

Mis ojos viajaron de arriba abajo por el cuerpo de la negra.

La estudié con calma, porque comenzaba a considerar la oferta del guardia, temía también que, de no hacerlo, los dos lo tomaran como una afrenta y saliéramos a palos.

Fue entonces cuando le pregunté, de nuevo, sin apartar los ojos de la negra, quién le había dicho que yo buscaba chicas y él, de nuevo, me respondió que Morlans.

El pequeño y atildado jornalero del juego. Escurridizo y ausente. En Fresneda, cinco años después, cinco años despeñándose, le encontraría, Bellón en persona, viajero del tren nocturno colgado de una viga en el sótano que había convertido en su residencia. Llevaba los zapatos lustrados pero sujetos con cinta aislante.

Aquel verano sólo trabajaban para mí dos portuguesas, Sonia y Berta, dos cadáveres detrás de la barra, que entendían bien el español, no se pasaban con los tragos y hacían pipas lejos del *Ero's*, pero no dejaban de ser como tantas otras chicas, y un club, si quiere tener clientes entre semana, necesita algo exótico.

Me dirigí a la negra.

—¿Tienes un nombre?

—Se llama Bemba Balé —respondió el guardia por ella.

—Si no habla no me sirve.

—Habla tan bien como tú y como yo.

—¿Sabes llenar una copa de una botella? —me dirigí a la negra de nuevo.

—Sabe de todo —intervino su mentor.

—Cuando la pregunto quiero escuchar su voz.

La estudié de nuevo. Le hice otra oferta al guardia civil: diez billetes por la chica y las ganancias a medias. Era una buena oferta. El tipo lo pensó. Con la mirada perdida, el tricornio bien colocado y la carpeta en la mano, parecía un representante de cafés solubles. Un pequeño intercambio de cifras y cerramos el trato, el contrato de «condominio»: yo no tenía que soltar los diez billetes y él se quedaba con el setenta por ciento de lo que tarifara, dentro del club, nuestro «condominio», pago semanal.

No era un mal negocio: una negra, aún en los huesos, con los pies gigantes y la dentadura de caballo, le daría un toque de calidad al *Ero's*. Cuando dejara de ser una novedad y no atrajera clientes, le regalaría un billete para la selva.

—¿Tienes papeles? —me dirigía de nuevo a la negra.

Sabía que no los tenía y yo prefería que estuviera indocumentada, si me causaba problemas, bastaría con mi pulgar indicándole la puerta.

—Ella no necesita papeles.

—¿Cómo así?

—Es mi mujer.

Quería hacerla pasar por su costilla. Yo había dado por sentado que éramos socios y había una zona de lealtad entre nosotros. Él, al parecer, no opinaba así.

—Las mujeres de ahora saben ganarse la vida, ya no se conforman con sacar a pasear al perro —reflexioné sarcástico, apoyando los brazos en la barra y afirmando con la cabeza, roto el vínculo de amistad que había surgido entre nosotros.

—Eso es.

—¿Doble nacionalidad? —subrayé el tono sarcástico arqueando las cejas.

El tipo, con un gesto brusco, echó mano al bolsillo de atrás del pantalón en ademán de sacar la pistola. Pero sacó una cartilla de tapas azules y bordes carcomidos.

—¿Sabes leer? —me espetó irritado, arrojándome la cartilla.

La atrapé al vuelo. La abrí y la eché un vistazo: era un Libro de Familia.

El tipo se llamaba Hermenegildo Ruiz García; natural de Borteña, Cantabria; nacido el 2 de febrero de 1979; profesión: guardia civil. Ella, Bemba Balé Nbamuai Ibo; nacida en Quelimane, Sierra Leona, el 7 de octubre de 1993; profesión: ama de casa.

Habían empatado el 23 de septiembre de 2012, en la parroquia de San Esteban, en Cervera de Pisuerga, provincia de Palencia.

Fue una semana de auténticos prodigios, como ya he dicho. A veces, cosechando polvo mágico, o triturándolo en el molinillo del café, o con los codos en el mostrador y la barbilla apoyada en la mano, o tumbado en la cama en la oscuridad, pienso en ello. Mi mente gira en un torbellino de imágenes y palabras. El rostro de María ocupa el centro de una brillante galaxia. Sueño, dormido o despierto, que todavía la tengo a mi lado.

En resumen, el lunes, antes de las diez de la noche, hora de apertura del *Ero's* —horario de verano—, había conocido, firmado un contrato de condominio e intentado hacerles sacar brillo con el culo al raído sofá del trastero, a la negra Bemba Balé y a la gitana María, y, veinticuatro horas después, me había asociado con Gildo, hombre del saco, en el negocio de «polvo mágico» (así lo bautizó él): adormidera silvestre pulverizada en el molinillo del café y presentada en bolsas de 250 gramos.

Una semana de auténticos prodigios. Si seguimos un orden, aquél fue el primero. Había sucedido por la mañana. El segundo fue quedarme sin cartera en los meaderos de la estación.

Las seis. Llamé a Sonia para decirle que se encargara de abrir y que teníamos una chica nueva, que la pusiera al corriente y que yo aparecería hacia la una.

Aquella tarde, como sucedía una vez al mes, tenía que ganarme un sobresueldo. Puse proa a Misioneros y Perelada, donde arrancaba el carril de aceleración de la autovía, rumbo a poniente. Aquel día de infierno el sol había puesto el coche al rojo.

Todo lo que tenía por delante era un soporífero viaje de trescientos kilómetros: hacia Trujillo por Naval Moral y luego hacia el Pino por Cáceres y Valencia de Alcántara, casi en la raya de Portugal. El sol entraba perpendicular por el parabrisas, aplastándome contra el asiento, el aire acondicionado no funcionaba y el aire espeso se agitaba en las cuatro ventanillas.

Sudando por todos los poros, con la camisa pegada al cuerpo. Mis pensamientos se centraron en mi agresora de la estación, la gitana. No me costaba

nada recuperar su imagen fugaz cruzando al otro lado de la puerta de cristal. Era el único pensamiento que ocupaba mi cabeza. Su figura saltaba del lóbulo derecho al izquierdo; quería contemplarla desde otro ángulo, pero no lo lograba; su imagen funcionaba como la luz de un faro, apareciendo y desapareciendo a ritmo regular. Trataba de detener aquel ir y venir pero sin resultado. Conducía mecánicamente porque aquel ping pong mental no dejaba de funcionar.

Eran las ocho y media cuando mi vista descubrió las primeras casas de El Pino. Un poblacho, apenas veinte vecinos constituían su censo: casuchas de lajas de pizarra y calles pavimentadas con rodillos.

Había un pequeño club, *Arkadia*, que en los buenos tiempos había servido como tapadera de contrabando de tabaco.

Las chicas y el quinquí que las había cruzado la frontera —del clan segurano; rostro aplastado, de brazos largos y mirada de criminal— me estaban esperando. El club se encontraba cerrado y los cinco se hallaban cerca de la puerta, a la sombra, las chicas sentadas en un poyo y un par de sillas de tijera y el segurano apoyado en la pared, fumando. Las chicas eran mercancía de tercera. Ninguno de ellos se movió cuando me vieron aparecer, ni durante la maniobra de aparcar. Su expresión aburrida me decía que hacía mucho que esperaban. Me limité a decirles que se tomaran otra ronda mientras me daba un chapuzón.

Reconciliado con el mundo, le firmé al segurano, con una Parker, los cuatro recibos, uno por cada chica —el negocio era así, con sus recibos, sus libros de contabilidad, sus asesores fiscales y sus Parker—. El tipo, sin abrir la boca, me entregó los pasaportes y las chicas se encaramaron al Renault. Me coloqué detrás del volante, le di vida al motor y puse rumbo de vuelta a Talavera.

El viaje fue tranquilo. El calor remitía y el sol muy bajo nos daba ahora de espaldas. Durante unos minutos logré no pensar en la gitana, comenzaba a sospechar que no era real, que era un espíritu que se me había aparecido.

Dos de las chicas eran portuguesas y las otras dos negras, angoleñas, o de por ahí. Las cuatro habían cumplido los treinta, y, si no querían asustarse, sería mejor que no se colocaran delante de un espejo. Las cuatro se llamaban Fátima, fue lo que me dijeron ahogando rebuznos; si les gustaba llamarse Fátima eso me facilitaba recordar sus nombres. Un par de bromas y continuaron riéndose: trabajo igual a felicidad.

A las doce, ya en Talavera, aparcamos en la parte de atrás del *Habanera* —un par de peldaños por encima del *Ero's*—, propiedad de Arjona, otro quinquí —del clan local—, un tipo áspero, con un punto, un fulano al que yo no sabía cómo catalogar, uno de esos tipos que leen libros.

Le llevaba las chicas y le entregaba los pasaportes (no tenía que ofrecerle una Parker para que me firmara ningún recibo, se limitaba a meterme unos billetes en el bolsillo. En eso consistía mi trabajo: hacer de transportista cuando Arjona estaba demasiado ocupado para desplazarse hasta la raya de Portugal).

Pero aquella noche me quedé a la subasta, sólo porque me apetecía un trago, había sudado demasiado, ninguna de las Fátima había despertado mi interés, necesitaba chicas pero sabía que Nazario no tocaría la cuenta de resultados para comprarlas.

En la barra había un cenicero con ceniza de al menos dos cajetillas. Feli lo retiró y me sirvió la cerveza. Dejando que el frío del botellín ascendiera por mi brazo, me dirigí al reservado donde Arjona y su socio, Crótalo —también del clan local; largo, de ojos achinados y pómulos de siux; un tipo que había perdido todos los tornillos— habían llevado a las cuatro chicas. Allí se efectuaba la subasta, con los dueños de otros clubes, de Talavera o de la zona. No se trataba de un mercado de esclavas, o de una oficina de empleo, sólo era una especie de intercambio, las chicas podían ir y venir a su antojo (en teoría, nosotros reteníamos su documentación hasta tener amortizada la inversión, y algunas veces algo más, si la chica resultaba un buen negocio).

Había una docena de personas en la habitación. Pero la vi nada más entrar, aunque se encontraba al fondo, sentada en una silla, con la elegante pero anticuada bolsa de viaje a sus pies, el niqui malva pegado a la piel y la falda holgada con volantes.

El resto del decorado se borró para mí.

Me daba su perfil altivo y sereno. Nada de esa pastosa belleza de calendario, su nivel era muy superior. Y aquel increíble cuerpo, fresco, de gacela.

Su imagen acaparó todos mis sentidos, convirtiéndose en tejido de mi cerebro.

Giró la cabeza y me vio. Sus ojos en mis ojos. Calor intenso. Creí que me había visto, pero me miraba sin verme, con sus ojos de serpiente sagrada. Su expresión no se alteró. Se echó hacia atrás en la silla y colocó un brazo sobre el respaldo.

No llevaba sostén: la diminuta sombra de las lentejas de sus pezones sobre el niqui pegado a la piel. Toda ella era un sencillo juego de curvas trazadas por una mano arrebatada. No resultaba provocativa, sino indiferente, o altanera. En aquella silla, con el brazo sobre el respaldo, irradiaba una elegancia salvaje.

En la habitación se encontraba la mercancía que yo había traído y dos dominicanas, dos negras grasientas. Además de Arjona y Crótalo, había otros cinco representantes del gremio de hostelería: Fraile, hermano de Crótalo, dueño del *Bésame*, en Navalmoral, más corto y ancho que su hermano, pero con sus pómulos de siux. Alvito, que llevaba el *Amor de Hombre*, en Talavera, un mariposón que recibía por el tubo de la chimenea. Y otros tres tipos de mediana edad, Ahijado, un patán con un hijo ladrón profesional de coches; Caballo y Tonto Juan, puro Madrid, a los que conocía poco.

—Hoy nos tocan un par de negras completas y dos medio negras. Vamos —nos llegó la voz de Arjona, imperiosa, lo habitual en él: hacer pensar deprisa era su táctica en los negocios.

Se había olvidado de la gitana.

—¿La gitana, le has puesto una etiqueta con el precio? —se dejó oír mi voz.

Había hecho la pregunta de forma mecánica, en un tono elevado, sin pretenderlo; todos los presentes me oyeron, aunque hacer una oferta en aquella habitación, con las chicas delante, iba contra las reglas. Fui el destinatario de todas las miradas.

Arjona dejó escapar el humo del pitillo que acababa de encender y se alejó donde una de las portuguesas. Me había oído pero no me había escuchado: yo sólo era un recadero, conmigo no había negocios.

Hundí las manos en los bolsillos y me acerqué a la gitana.

—¿Qué hay?

Movió los ojos para encontrar los míos. Verdes, cegadores. Su mirada pretendía ser neutra, pero no lo era, nunca lo sería con aquel par de gatos al acecho.

—¿Tienes un nombre? —la pregunté de nuevo, en un tono demasiado duro que pretendía ocultar que me encontraba a la defensiva.

—¿Tú qué crees?

—¿Cuál?

—María —me contestó, cansina, desviando la mirada, como si hubiera contestado a aquella pregunta demasiadas veces.